



La acción racional no es lógicamente superior a otras modalidades de acción

Rational action is not logically superior to other modes of action

Juan Jiménez-Albornoz (juan.jimenez@uautonoma.cl) Instituto Iberoamericano de Desarrollo Sostenible, Universidad Autónoma de Chile (Talca, Chile). <https://orcid.org/0000-0003-4403-1178>
Rol: conceptualización, escritura del original

Abstract

One argument put forward by rational action theorists is that rational explanation is logically superior to its alternatives: rational action is a complete explanation and is more easily understood. We will argue that this argument is invalid. Either rational action is just another mode of action, or its logic of explanation brings together a logic of (rational) action with an exogenous set (of preferences), a scheme like other modes of action. The alleged advantage of being a more comprehensible explanation is a commonsense claim, but at that level other logics of action are just as comprehensible. Rational choice may be valid and useful, but the argument of its logical superiority is untenable.

Key words: rational action, understanding, full explanation, normative action, expressive action.

Resumen

Un argumento planteado por los teóricos de la acción racional es que la explicación racional es superior lógicamente a sus alternativas: la acción racional es una explicación completa y es más fácilmente comprensible. Defenderemos que esos argumentos no son válidos. O la acción racional es sólo otro modo de acción o su lógica de explicación reúne una lógica de acción (racional) con un conjunto exógeno (de preferencias), esquema similar a otros modos de acción. La presunta ventaja de ser una explicación más comprensible es una afirmación de sentido común, pero a ese nivel otras lógicas de acción son igual de comprensibles. La elección racional puede ser válida y útil, pero el argumento de su superioridad lógica es insostenible.

Palabras clave: acción racional, comprensión, explicación completa, acción normativa, acción expresiva.



Introducción

Las teorías de la acción racional, en sus múltiples formas, representan una de las tradiciones más antiguas y relevantes del pensamiento social y, aunque su popularidad ha cambiado a lo largo del tiempo, se ha mantenido continuamente como uno de los principales enfoques para comprender la vida social. Las razones de su atractivo son variadas. Una de ellas, quizá no la más relevante como motivación, pero sí de interés analítico, es la reivindicación de una ventaja específica de ésta en su lógica de explicación.

Esta ventaja consistiría en el hecho que, cuando podemos establecer que cierto comportamiento es racional (que maximiza la utilidad, ajusta los medios con los fines, beneficia al agente, u otros criterios, dependiendo de la versión específica de la teoría) hemos llegado al punto final de una explicación. No habría más preguntas que hacer al menos para las ciencias sociales (el argumento es compatible con la noción de que desde otros puntos de vista quedan preguntas por resolver). La racionalidad es su propia explicación y con un relato racional de la acción no quedan cajas negras por responder. Los modelos de elección racional son, por tanto, superiores, ya que son explicaciones completas en sí y más comprensibles.

Estas serían ventajas exclusivas, no compartidas con otras alternativas. Si alguien intenta explicar que el actor X realiza Y postulando que existe una norma para hacer Y, siempre es posible hacer más preguntas: preguntar por qué se formó esa norma o incluso afirmar que sólo se está redescubriendo de forma más larga la acción. Sería una explicación vacía: los agentes hacen X porque hacen X. La pseudoexplicación cultural sería otro caso de la *virtus* dormitiva del opio en el Enfermo Imaginario de Molière. La acción expresiva tampoco sería una explicación defendible, ya que implica que una acción pueda suceder sin una causa o motivo específico y nos encontramos de nuevo ante agentes que hacen X simplemente porque hacen X. Podemos recordar que Weber, que reconocía ese tipo de acción, escribió que quedaba fuera de la acción significativa en varios casos. La acción racional seguía siendo el modelo de la acción significativa, como han señalado desde hace tiempo, por ejemplo, autores como Schutz ([The phenomenology of the social world](#)) o Habermas ([Theorie des kommunikativen Handelns](#)).

Este argumento ha tenido múltiples formulaciones. Una de ellas parte de la idea de que la acción intencional es la explicación del sentido común: busca entender una acción atendiendo a sus propósitos y así es como entendemos la acción en la vida cotidiana: “Es ordinariamente [la acción intencional] el modelo que aplicamos cuando decimos que entendemos la acción de otra persona. Decimos que entendemos las ‘razones’ por qué una persona actuó de determinada manera, implicando que entendemos el objetivo buscado y como las acciones eran vistas por el actor que contribuían a ese objetivo” (Coleman 1990:13). Por lo tanto, el modelo de acción intencional es la elección racional: el caso más claro de intención es afirmar que el actor elige la acción con mayor retribución para el agente, como dice el mismo Coleman al defender el uso de la maximización de utilidad: “al hacer preciso lo que se quiere decir con acción intencional, tal perspectiva entrega mayor poder” (Coleman 1990:19).

Elster ([The cement of society](#)), si bien sostenía que la racionalidad era insuficiente para explicar el orden social, también insistía en la prioridad metodológica de la acción instrumental y egoísta (y aunque no sea toda la acción racional, sigue siendo su situación más destacada). Aunque esto no equivalga a afirmar que la acción racional es más comprensible, su discusión sobre las normas se



basa en la idea de que el mero seguimiento de las normas es una “caja negra”: necesita de la acción racional en su versión instrumental-egoísta para fundamentar una explicación.

Incluso se puede llegar a vincular la acción humana como tal con las ideas de medios y fines. La acción analíticamente está ligada a un motivo “para qué”, a la búsqueda de alcanzar un fin. Es una idea que, de hecho, ha aparecido fuera de la teoría de la acción racional, por ejemplo, en la tradición fenomenológica (Schutz y Luckmann [Strukturen des Lebenswelt](#), Toledo Nickels [El programa sociofenomenológico de investigación](#)). Podemos señalar también los argumentos de von Mises ([Human action](#)). La racionalidad no sigue necesariamente el marco de la teoría de la elección racional, pero todas estas teorías comparten la intuición de que las acciones con razones serían las acciones con el máximo nivel de comprensibilidad. Por cierto, ya existe una reducción de la idea de racionalidad cuando la discutimos utilizando únicamente nociones de objetivos, utilidad, costes, etc. La racionalidad como cuestión cognitiva (dar cuenta de las creencias) no es el centro de estas teorías. Hay una razón por la que toda la literatura sobre argumentación no es central en estas discusiones (para un ejemplo de esta literatura, véase Mercier y Sperber [The enigma of reason](#)).

La siguiente cita de Goldthorpe es un ejemplo relativamente reciente de este argumento sobre la superior comprensibilidad de la acción racional: “En otras palabras, si el fondo de una explicación sociológica no son las normas sociales, sino la acción racional -que puede o no resultar en conformidad con las normas-, de esta manera se cumplen tanto los requisitos explicativos como los hermenéuticos [de la explicación]” (Goldthorpe 2016:124).

Bajo este argumento, la acción racional se comprende fácilmente: si entendemos el propósito de la acción y, por la misma razón, no necesita ulterior explicación pues ya sabemos por qué el actor lo hizo, la acción racional sería su propia explicación.

La exposición que se hace aquí no es mucho más breve que las exposiciones en los textos que lo arguyen. La mayor comprensibilidad de la acción racional se trata casi como si fuera una afirmación trivial. Basta con declararlo así.

Esto tiene una consecuencia: ¿Qué intentan decir estos autores cuando declaran que la acción racional es más comprensible que otras lógicas de la acción, que es una explicación completa dada esa comprensión preparada de la misma, si ellos mismos tratan esta afirmación como una afirmación de sentido común? Parece que están operando desde una idea de sentido común de la comprensión: algo que podríamos aceptar en la vida cotidiana como una explicación sin más cuestionamiento. Puesto que ésta parece ser la noción utilizada por los autores analizados, la utilizaremos también en este artículo.

Habíamos mencionado la idea de “alternativas de acción” y “lógica de la acción”. En sociología existe una larga tradición en la creación de tipologías de acción, desde la formulación de Weber a las distinciones de Habermas, hasta otras más recientes como la de Thévenot ([L'action au pluriel](#)). Nos referiremos a la “lógica de la acción” simplemente como una alternativa que intenta describir, en un sentido general, el funcionamiento de la acción (incluyendo sus motivaciones, capacidades del actor, etc.). Una última observación sobre los nombres: utilizaremos elección racional para referirnos al modelo teórico y acción (o actor) racional para referirnos a la entidad modelada por la teoría. La elección racional es la teoría que sostiene que la acción es racional.



En este artículo argumentaremos que este argumento es inadecuado: como lógica de la acción, la acción racional es igualmente comprensible que otras alternativas. No se avanza ninguna otra afirmación y específicamente no se discute la adecuación de esta perspectiva para entender la vida social. En la siguiente sección argumentaremos que es incorrecto situar la elección racional como superior a otras como explicación completa. Su lógica explicativa es equivalente a la de cualquier otro modelo. Después, argumentaremos que es incorrecto pensar que la acción racional es más comprensible que otros tipos de acción, en el nivel de sentido común que sigue el argumento.

Un tema interesante que sirve para delimitar el alcance del presente artículo es que el argumento que desarrollamos no toca a algunas variantes de esta teoría, la cual se ha dedicado más bien a clarificar dicha teoría (por ejemplo, Opp [Die Theorie rationalen Handelns](#), Diekmann [Rational choice sociology](#)). En este sentido, lo que defendemos aquí (que la visión de ciertas ventajas intrínsecas de la teoría de la acción racional es equivocada) puede ser compatible con ciertas líneas recientes de la teoría de la acción racional. En algún sentido, insistir en la línea que la acción racional es un modo superior en términos lógicos, sería insistir en un argumento *zombie* (y del hecho que los argumentos se pueden sostener y encontrar en la discusión mucho tiempo después que no son necesarios hay varios ejemplos en nuestras disciplinas).

La acción racional es incompleta

Existen varios modos y alternativas en torno a la elección racional. No es la intención de este documento entrar en tal campo, que es ya lo suficientemente complejo y variado. Sólo intentamos seguir y examinar el argumento que señalamos al inicio.

Para nuestros propósitos, será suficiente señalar una distinción relativamente común entre una concepción fuerte y débil de la acción racional que se hace en varias exposiciones de la idea (como en Goldthorpe [On sociology](#), también Opp utiliza esta distinción para responder a críticas recientes a las teorías de la elección racional en [Die Theorie rationalen Handelns](#)). En la versión fuerte, las nociones de orientación egoísta, motivación económico-material y maximización se incluyen como parte de la racionalidad. Es una versión difícil de mantener y es habitual defender una versión más débil: los actores eligen la opción que perciben como más adecuada a sus objetivos (bajo cualquier objetivo que puedan elegir y bajo cualquier forma de percibir sobre el estado del mundo y esos objetivos). En este sentido, se suele señalar que la racionalidad formal como tal no exige racionalidad instrumental, solo requiere preferencias coherentes y una actualización racional de las creencias (Gintis [Individuality and entanglement](#), Gilboa, Postlewaite y Schmeidler [Rationality of belief or](#)). Manzo ([Is rational choice theory still a rational choice of theory?](#)) observa que, incluso, así puede definirse la racionalidad en la teoría de la decisión. La versión más débil de la racionalidad no es equivalente a esta versión formalizada, ya que algunas versiones de la elección racional utilizan una idea incluso más casual y de sentido común de la racionalidad (como lo hace Goldthorpe, [On sociology](#)). La racionalidad puede quedar reducida a una noción muy básica en la que el agente tiene buenas razones para sus acciones y que hacemos elecciones deliberadas, incluso si caen fuera del marco de la utilidad esperada (Boudon [Le juste et le vrai](#)) y de esa manera podemos transformar lo que era aparentemente irracional en una acción razonable (Boudon [La logique du social](#)).

La versión fuerte del argumento sigue siendo, empero, atractiva. Es la única versión en la que es posible deducir directamente un comportamiento a partir de la teoría (una versión clásica del



argumento está en Becker, que insistía en que ésta era la única forma de explicar utilizando sólo precios y costes en [Accounting for tastes](#)). Esa versión determina *a priori* cuáles son los beneficios y costos y, por tanto, cuando afirma que el actor elegirá la acción con mejor relación costo/beneficio está haciendo una predicción muy concreta. Al fin, “cualquier principio teleológico que especifique que alguna cantidad debe ser maximizada o minimizada es más poderoso que un principio menos específico” (Coleman 1990:18) y, por lo tanto, hay una razón metodológica para esta preferencia (para una crítica a esto, véase Sánchez-Cuenca [A preference for selfish preferences](#)). Es posible afirmar que la racionalidad formal (los axiomas de la utilidad esperada) es suficiente para establecer consecuencias empíricas, y entonces no se necesitan, por ejemplo, actores egoístas; pero para ello es necesario que los pagos de las elecciones estén predeterminados. Eso es lo que hace, por ejemplo, un investigador en un experimento de laboratorio de teoría de juegos (donde establece la estructura de *payoffs* de las elecciones de antemano) y explica su uso común en las discusiones sobre racionalidad (y en la práctica los pagos suelen traducirse en recompensas monetarias). Eso es útil en esas situaciones, pero en situaciones sociales reales no están disponibles las simplificaciones que permiten establecer ello (qué es lo que los actores valoran y cómo pueden determinarlo son asuntos abiertos).

Sin tales operaciones para predeterminar las preferencias, la teoría pierde poder predictivo. Si la naturaleza de las preferencias permanece abierta, entonces no es posible decir antes de ninguna acción cuál podría ser la alternativa que un actor racional debería elegir. Esta indeterminación, se dice, puede ser “un problema que tal vez nunca se resuelva en la medida en que la elección de los fines representa el indeterminismo último en la vida social humana” (Goldthorpe 2016:25). Para cualquier opción elegida, puede determinarse una buena razón que explique el haber sido elegida, y por tanto puede demostrarse que cualquier acción es racional.

Dada esa indeterminación, la teoría se vuelve vacía. ¿Por qué el agente hizo X? Porque es su preferencia. ¿Por qué es su preferencia o cómo sabemos que es la acción que prefiere? Porque es la acción que elige. Entonces, volvemos a las explicaciones circulares que, como recordamos, eran criticadas en otros modos: explicar X a través de X mismo. Este carácter circular es un rasgo lógico: el hecho de que podamos indagar empíricamente cuáles son las razones y comprobar si las presuntas razones eran las correctas no cambia esa circularidad (en contra del argumento de Opp). Dado que las preferencias son exógenas no pueden usarse para evaluar la racionalidad como tal. Si las preferencias presumidas en el modelo eran incorrectas, eso significa que la hipótesis específica sobre ellas era errónea (había otras preferencias en juego), pero aún podemos construir otras preferencias hipotéticas para explicar racionalmente la acción. Esto no es tautológico (es decir, la verdad no se puede averiguar simplemente mirando el significado de las afirmaciones), pero es circular: el modelo está protegido contra cualquier cosa que ocurra en el mundo. Las versiones fuertes de la acción racional donde se pre-establece que cuenta como beneficio (por ejemplo, el ingreso) no tienen este problema, no son vacías, pero tienen el problema de que sabemos que varios comportamientos en la realidad no siguen ese modelo (por eso se propusieron los modelos más débiles en primer lugar) y, por lo tanto, la versión fuerte no se puede utilizar como un modo universal de acción. La universalidad de la acción racional sólo puede comprarse pagando el precio de su indeterminación (que las razones y preferencias que motivan la acción queden fuera de la teoría).

Una forma de enfrentar esto es dejar que la racionalidad sea simplemente otro modo de acción entre otros, evitando entonces la trampa de dejar completamente abiertas las “buenas razones”



para actuar o insistir en una universalidad empírica que no funciona (Ermakoff [On the frontiers of rational choice](#)), por lo tanto, cerrando las críticas de unilateralidad. Esta es una solución analíticamente razonable y aparece en exposiciones recientes de la teoría: hay acciones racionales (bajo el modelo fuerte) que nos permiten llegar a conclusiones específicas, pero reconocemos que hay varios otros modos. Establecer varios tipos de acción es común en sociología, al menos desde la tipología clásica weberiana hasta los ejemplos más recientes. Aún más, esta versión es compatible con argumentos de que son los entornos institucionales los que hacen posible la acción racional (Braun [The institutional preconditions of homo economicus](#)). Si la acción racional no es universal, entonces permanece al mismo nivel que otras modalidades de acción, que es lo que argumentamos en este trabajo. En concreto, esta forma de resolver la tensión entre universalidad e indeterminación muestra que la acción racional es incompleta y no presenta ventajas lógicas como explicación a otras posibles formas de explicar la acción social.

Si no seguimos ese camino, entonces la única versión de la elección racional que puede aspirar a ser empíricamente correcta y a aplicarse universalmente es una que no puede explicar plenamente la acción por sí misma. Esta requiere conjugar dos elementos: una lógica de la acción (en este caso, el mecanismo de la racionalidad) y un conjunto específico, teóricamente indeterminado, de preferencias. Y este también ha sido un camino seguido recientemente: “la teoría general no conduce automáticamente a una única hipótesis de RC” (Diekmann 2022:105). Sólo reuniendo ambos elementos surge una explicación de la acción. Y es, de nuevo, un modelo razonable para una teoría empírica: no es un problema en sí mismo y es posible aprender sobre el mundo de esta manera.

Si es un modelo razonable cuando se aplica a la elección racional, entonces también lo es cuando se aplica a otros enfoques de la acción. Las teorías normativas pueden formularse, por ejemplo, utilizando el mismo esquema lógico. Así entonces, una acción se explica bajo una teoría normativa de la acción mediante la conjunción de: una lógica de la acción (en este caso, que somos actores morales) y un conjunto específico, teóricamente indeterminado, de normas. Si para la elección racional no era un problema que las preferencias fueran exógenas, para una teoría normativa tampoco debiera ser que las normas sean exógenas. La acción racional, en su lógica de la inferencia, se encuentra en la misma posición que cualquier otra lógica de la acción. No hay, entonces, ninguna ventaja lógica de los modelos de elección racional.

Se podría argumentar que la elección racional es menos *ad hoc* que otras formas de explicación de la acción. Para completar una explicación racional, necesitamos elementos exógenos, pero se podría argumentar que no se puede establecer cualquier elemento exógeno. Ello tiene límites, pues hay algunos conjuntos de preferencias incompatibles con la racionalidad (por ejemplo, preferencias no transitivas). Esa sería su ventaja. Aceptemos la premisa. Aun así, esto no es exclusivo de las explicaciones racionales. Si alguien dijera “estaba muy contento, así que maté a X”, podríamos pensar que hay algo extraño en esa explicación de la acción, basado en nuestra comprensión de las emociones. Una incompatibilidad que sería equivalente a rechazar algunas preferencias por cuanto serían incompatibles con nuestra comprensión de la racionalidad. En cualquier modo de acción hay una lógica interna que hace que algunas acciones sean más comprensibles que otras (ciertos elementos exógenos que son más o menos compatibles con esa lógica) y, por tanto, podemos concluir de nuevo que ahí no hay ninguna ventaja especial de la acción racional.



En conclusión, o se acepta a la acción racional como un tipo particular entre otros tipos de acción (no tiene una ventaja particular) o, si se defiende su universalidad, el esquema lógico de la explicación (donde es necesario unir el instrumental de la teoría con elementos exógenos para poder explicar cualquier acción) es igual al de cualquier otra modalidad de acción. Los intentos de clarificación recientes de la acción racional, que hemos referenciado, no afectan esas conclusiones. Si se quiere, incluso muestran que la teoría de la acción racional no requiere el argumento que estamos criticando.

La comprensibilidad de otras lógicas de acción

Si fracasa la idea de la acción racional como una explicación plena y final de la acción, queda como posible ventaja lógica el que desde alguna perspectiva la “racionalidad” fuera más comprensible que lo “normativo” o lo “expresivo” como fundamentos de la acción.

Se trata de un argumento basado en consideraciones de sentido común, como hicimos presente en la introducción: la sensación de que cuando alguien responde a la pregunta “¿Por qué hiciste X?” con consideraciones “racionales” (es decir, X fue ventajoso para mí) no quedan más preguntas, puesto que lo “entendemos” sin dificultad (ése era, en última instancia, el argumento de Weber). Ahora bien, este argumento opera claramente desde una perspectiva de sentido común. Desde perspectivas ajenas al sentido común es perfectamente normal que haya más preguntas. Desde una perspectiva psicológica, por ejemplo, preguntarse por el surgimiento de la preferencia podría ser un programa de investigación razonable. Es desde el sentido común que la acción racional podría cerrar un examen ulterior, ya que claramente podríamos entender en un entorno cotidiano esa explicación. Entonces, el argumento requiere que desde la perspectiva del sentido común otras respuestas a la pregunta “¿Por qué hiciste X?” no compartan esta comprensibilidad directa.

Ese requisito no se cumple. “¿Por qué cantabas? Porque estaba contento” no es menos comprensible, dentro de una visión de sentido común, que la acción racional equivalente. “¿Por qué no robabas? Porque robar está mal” parece también una respuesta perfectamente comprensible. En ambos casos, podrían aceptarse como respuestas válidas que no exigen más preguntas en la vida cotidiana. Podríamos darnos por satisfechos con ellas y entenderlas perfectamente (“está claro que la gente feliz canta”, “después de todo, es bastante obvio que robar está mal”). Como mínimo, podríamos entender esos motivos de acción con la misma facilidad con la que entendemos la acción racional (“hizo eso porque le resultaba ventajoso”).

Se puede argumentar que son respuestas incompletas: que esto sólo es comprensible como motivo de acción si aceptamos, por ejemplo, la norma específica de “no robar”. Que hay varias normas que podrían resultar muy extrañas para los observadores externos, no tan fácilmente comprensibles como el ejemplo y, en tales casos, podríamos exigir una explicación adicional. También podríamos argumentar que el vínculo entre cantar y la felicidad no es algo que se pueda dar por descontado, ello exige una explicación adicional (“¿por qué cantaste y no, por ejemplo, preferiste bailar?”). En ese caso, podemos recordar el argumento de la sección anterior: eso ocurre también con una respuesta racional. Siempre ocurre que seguimos necesitando unir una creencia específica (una norma, una acción expresiva, una preferencia) con una idea general (normas, racionalidad expresiva). Más en general: el argumento analizado se refiere a la comprensibilidad, no a si es una respuesta completa en sí misma. Independientemente de si es o no una respuesta completa, no



parece haber diferencia en la comprensión de por qué la persona hizo esa acción entre esos modos de acción.

De hecho, en la conversación cotidiana, y el argumento recordemos se basa en el sentido común, es posible hacer más preguntas: “¿por qué crees que robar está mal?” (o su equivalente en relación con la acción expresiva). En situaciones en las que la norma es menos extendida que “no robar”, ello puede ser incluso común. Ahora bien, en la vida cotidiana también hay una pregunta de sentido común equivalente sobre la acción racional: “¿Por qué crees que eso te ha beneficiado?” es una pregunta normal. O incluso se puede preguntar directamente por las preferencias. Se puede preguntar: “¿realmente te gusta eso?” Y, en perfecta analogía con otros modos, eso puede ocurrir cuando la naturaleza de la ventaja o la preferencia no les resulte clara, les parezca extraña o poco común a la persona que pregunta. Y hay preferencias más difíciles de entender que otras. Estamos, entonces, ante la misma situación que en otras lógicas. En la perspectiva cotidiana de sentido común, para todas las formas de acción es posible preguntar, ya sea por la validez de la norma, o el vínculo de la emoción con la acción, o la naturaleza y sentido de la preferencia, cuando ellas no resultan tan claras para quien pregunta.

Cualquier fundamento de la acción, ya sea racional, normativo o expresivo, puede entenderse fácilmente en la vida cotidiana y entonces no hay un motivo particular para hacer más preguntas y, si hay dudas sobre ellas, esto puede surgir en cualquiera de esos modos y, para todos los casos hay un motivo cotidiano para preguntar. No hay, por tanto, ninguna diferencia entre las distintas formas posibles de explicar la acción, no hay ninguna ventaja especial de la acción racional. Entender que una persona sigue una norma o que la persona cree que es correcto seguirla, o entender que una persona expresa una emoción, no es más difícil para un observador que las acciones que se analizan desde un modelo de elección racional.

En algunos casos, incluso podemos argumentar que no seguir el modelo de la teoría de la elección racional es más comprensible. Si alguien argumentara que no mata a otra persona debido a un cálculo de maximización, podría resultar más extraño que si dijera simplemente que no mata porque ello es moralmente malo. Podríamos hacer más preguntas si la persona siguiera el modo de la acción racional que si siguiera la acción normativa, ya que los fundamentos normativos son los esperados en este caso.

Otro argumento sobre la comprensibilidad superior de la acción racional es que es la única acción plenamente deliberada y reflexiva. La acción racional, por tanto, es el único tipo “completo” de acción o el argumento de que un modelo de seguimiento de normas reduce al actor a un autómata y, por tanto, cuando intentamos comprender la acción como significativa acabaremos, en última instancia, en el modo de acción racional preguntando sobre propósitos, preferencias y nociones similares. Incluso los críticos de la acción racional pueden utilizar un esquema de deliberación frente a acciones automáticas (por ejemplo, Esser [Anreize, Kognition, Kultur und die symbolische Choreographie der Gesellschaft](#)). Seguir una acción o expresar una emoción no serían acciones en un sentido pleno (son de forma intrínseca algo opacas). Luego, para entender una acción se necesita una traducción a la acción racional, el único tipo “real” de acción. Para entender realmente las normas, es necesario traducirlas en una explicación de cómo afectan al coste de las elecciones (una crítica de esto en Hindriks [Norms that make a difference](#)).



El argumento falla puesto que no hay automatismo necesario, ni en el modo normativo, ni en el expresivo de la acción. La posibilidad de conflicto moral y la cuestión de cómo sopesar varios mandatos morales muestra que hay un amplio espacio reflexivo dentro del modo normativo. Elegir la acción moral adecuada no es una respuesta automática. Así también insisten Boltanski ([De la critique](#)) o Dubet ([Injustices](#)) en su análisis del razonamiento crítico y, en ambos casos, discuten sobre el razonamiento crítico en la vida cotidiana. Dubet muestra, por ejemplo, varios fundamentos para los juicios sobre la injusticia en el trabajo (igualdad, mérito y autonomía) y los conflictos que emergen en torno a cómo esos fundamentos pueden combinarse o deben entenderse (por ejemplo, ¿quién tiene más mérito: el individuo con más talento o el que se esfuerza más?). Del mismo modo, no es obvio que la expresión de una emoción sea un proceso automático y analizar las emociones como algo ajeno al pensamiento puede ser (y ha sido) fuertemente criticado (Damasio [Self comes to mind](#), Bennet [The problem of expressive action](#)). Fallan así los intentos por incorporar dimensiones emocionales, pero estrictamente separados de las cognitivas, como el de Epstein ([Agent zero](#)). Su modelo emocional implica que, por ejemplo, una alta saliencia y novedad generan efectos relevantes, pero lo mismo ocurre en torno a la información (un evento inesperado es altamente informativo) y, por lo tanto, el efecto puede ser visto como perfectamente “racional”.

En este sentido podemos argumentar, como ha hecho Bennet, que insistir en diferencias muy claras entre esos modos impide una mejor comprensión de la acción. Separar claramente las emociones de las razones hace, por ejemplo, más difícil reconocer “hasta qué punto es a menudo posible en principio articular lo que el agente vio como bueno o valioso en la acción a partir de la emoción” (Bennet 2021:285). Es pertinente señalar que esto funciona en ambos sentidos, por lo que no se trata de otra forma de argumentar que “sólo la racionalidad es comprensible” (entendemos mejor la acción expresiva cuando la traducimos a razones). A fin de cuentas, por ejemplo, preferir X implica en sí mismo una gratificación, una emoción.

En ese sentido, puede cuestionarse la idea misma de que las alternativas teóricas son la acción deliberada o respuestas automáticas. Las habilidades prácticas rara vez implican deliberación como tales, pero distan mucho de un modelo de comportamiento automático. Por ejemplo, Sennett ([The craftsman](#)) insiste en ello en su análisis de la artesanía utilizando ejemplos de la tradición taoísta y el taoísmo implica una concepción de la acción donde se rechaza la idea misma de planes (véase Ziporyn [Dao ist das Gegenteil Gottes](#)). Puede haber deliberación sobre la decisión de emprender una acción (digamos que decido aprender a conducir), pero no cuando estoy realizando esa acción (cuando conduzco, no delibero sobre cada decisión y al mismo tiempo no estoy en modo automático). Utilizando la distinción que hace Latour: en el hábito se está atento, en la rutina no. El hábito sabe que no se debe conducir por la derecha en Inglaterra; no es una acción automática (bajo la rutina, sin atención, podría cometer ese error) ni tampoco una acción deliberada. En términos más generales, la teoría social ha intentado varias veces describir la acción práctica como algo que no es ni seguimiento de reglas ni cálculo.

En la teoría de la elección racional se argumenta, a veces, que una acción racional no necesita ser una acción consciente. En este sentido, incluso la acción racional no es necesariamente una acción “plena” en el sentido del argumento aquí tratado. Incluso se podría argumentar que la acción racional podría pensarse como una instancia de seguimiento de reglas (véase, Lahno [Rational choice and rule-following behavior](#)). Este análisis muestra, pues, que este argumento no permite defender la existencia de una ventaja específica de la teoría de la elección racional.



Tras revisar estos argumentos, podemos concluir que, en cualquier caso, la acción racional no tiene una posición particular y ventajosa frente a otras alternativas para entender la acción social. Parece ser tan fácilmente comprensible como la acción normativa o expresiva.

Conclusión

En este artículo hemos propuesto que es insostenible el argumento de una ventaja analítica de la teoría de la elección racional frente a las alternativas. Hemos mostrado que sigue la misma estructura lógica que otros tipos de acción y que esos otros modos son igualmente comprensibles en el sentido cotidiano en que es comprensible la acción racional. No hay ninguna dificultad específica para comprender normas o emociones concretas, ni dificultades diferentes a las que tenemos cuando comprendemos preferencias.

Es importante volver a señalar que este argumento no es una crítica a la teoría de la elección racional como tal y puede entenderse como parte de los esfuerzos de clarificación conceptual de lo que implica y requiere esa aproximación (i.e., que ésta no requiere usar el argumento criticado en este trabajo). Sus fortalezas y debilidades empíricas, su potencial en la exploración de las consecuencias de los supuestos de acción racional, están fuera de lo que se examina en este trabajo y no se ven afectadas en absoluto por las consideraciones que aquí se avanzan.

Después de todo, es un hecho que la teoría ha generado una cantidad importante de conocimientos. Como mínimo, este enfoque ha sido capaz de señalar cuestiones muy relevantes, como muestra el conocido ejemplo de Olson sobre los bienes comunes. Fue desde la perspectiva de la acción racional que la cuestión de cómo se formaba la acción colectiva apareció como un problema no trivial. Tampoco analizamos otros argumentos analíticos, por ejemplo, que dado que las ciencias sociales deben centrarse en las interacciones, la lógica de la acción es menos relevante para ellas y, por tanto, la acción racional puede ser una hipótesis útil (para una exposición clásica de este argumento, ver Granovetter [Economic action and social structure](#)). Todas esas consideraciones en torno a los modelos de elección racional quedan fuera del ámbito de este argumento.

Tampoco hemos analizado en profundidad enfoques de la racionalidad diferentes de los modelos de utilidad esperada y específicamente no discutimos las ideas cognitivas sobre la racionalidad. Estos pueden ser particularmente relevantes para las discusiones generales sobre cómo los actores se entienden entre sí (y *a fortiori*, cómo los analistas entienden a otros actores), ya que la noción de comprensión es central para sus articulaciones de la noción de racionalidad. La racionalidad de la acción comunicativa en Habermas o la idea de un modelo cognitivo de racionalidad en Boudon se basan en discusiones sobre cómo entendemos los enunciados y las acciones (y cuándo es posible decir que tenemos creencias racionales, por ejemplo). En cualquier caso, la argumentación que aquí se presenta no afecta a ese tipo de discusiones sobre la racionalidad. El propósito de este artículo es únicamente demostrar que un argumento relativamente común sobre la acción racional no es adecuado.



Bibliografía

- Bennett, C. (2021). The problem of expressive action. *Philosophy*, 96(2), 277-300.
<https://doi.org/10.1017/s0031819120000467>
- Coleman, J. (1990). *Foundations of social theory*. Harvard University Press.
- Diekmann, A. (2022). Rational choice sociology: heuristic potential, applications, and limitations. In K. Gërxhani, N. D. de Graaf, and W. Raub (Eds.), *Handbook of sociological science* (pp. 100-119). Edward Elgar.
- Goldthorpe, J. H. (2016). *Sociology as a population science*. Cambridge University Press.

Recibido el 3 mar 2025

Aceptado el 28 mar 2025